

Año IV



Núm. 1

ANALES

DEL

Ateneo de Costa Rica

DIRECTORES:

Luis Castro Saborío

Camilo Cruz Santos — Omar Dengo

1915

SAN JOSÉ, COSTA RICA



TIPOGRAFIA NACIONAL



Ateneo de Costa Rica

—♦♦—
JUNTA DIRECTIVA PARA EL AÑO 1914
—♦♦—

Presidentes Honorarios

Luis Felipe González — Justo A. Facio — Antonio Zambrana

Presidente

Justo A. Facio

Vicepresidentes

A. Alvarado Quirós — C. González Rucavado

Vocales

J. Fidel Tristán

Jenaro Cardona

R. Fernández Güell

Augusto C. Coello

Tomás Povedano

Secretarios

José Fabio Garnier — Manuel Sáenz Cordero



JOSÉ MARÍA ALFARO COOPER

Ante mi retrato

(El mi distinguido amigo don José Fabio Garnier)

Cómo? este anciano de rugosa frente,
que tiene todos los cabellos blancos,
este anciano soy yo, que siento el alma,
de amor y de ilusiones desbordando?
Pero si yo no soy, esa es la jaula
de herrumbrados alambres y yo el pájaro
que en ella vive prisionero y triste,
que codicia el azul, ama el espacio
y con la asfixia atroz de la materia,
plegó sus alas y apagó su canto!

Anciano yo que siento los ardores
de grata juventud, enamorado
del más bello ideal que en sus delirios
concebir pudo el pensamiento humano!
que goza en contemplar toda belleza:
(como gozaba en mis mejores años)
grandioso mar, estrellas pensativas,
gentiles damas, lirios perfumados;
graciosos, puros, celestiales niños,
delicias del hogar que amamos tanto!
El hombre es tan feliz cuando disfruta
del dulce beso de infantiles labios!
qué sería la tierra sin la aurora
de la gracia infantil? Noche sin astros!

Yo que soy una lira que responde
al más leve rumor, eco lejano,
que no siento ambiciones y que llevo
dentro del corazón un incensario
para quemar en él, como una ofrenda
al buen Jesús, la mirra de mis cantos;
que amo a Dios, es decir al Amor mismo,
al hombre que es un ángel desterrado,
a las humildes bestias que son buenas,
cuando reciben cariñoso halago;
en los cielos, al sol padre del mundo,
y en los oscuros bosques.... a los cardos!
que detesto los odios y venganzas,
insolencias de grandes y nefandos
medios de exterminar a las naciones
cual si todos no fuésemos hermanos!

O, ilusiones quizá de mi ventura,
yo me siento más joven, como el árbol
viejo que tiende sus frondosas ramas
llenas de nidos y de arrullos blandos!
Viviendo como vivo entre dos cielos:
el de arriba y mi hogar, ser un anciano!

JOSÉ M. ALFARO COOPER

San José, 8 de enero de 1915.



VOCES DE ALIENTO ¹

JOSE MARIA ALFARO COOPER

Nació en la ciudad de San José, capital de la República de Costa Rica, en el año de 1861. Hizo sus primeros estudios en el Colegio de San Luis, de la ciudad de Cartago, y en este establecimiento obtuvo el grado de Bachiller en Artes.

A la edad de tres años perdió a su buena madre doña Cristina Cooper, y apenas contaba José María Alfaro doce años, cuando perdió a su padre, el abogado don José Joaquín Alfaro.

Huérfano y pobre, José María Alfaro debe su educación y sostenimiento a sus tíos maternos, don Juan y don Ricardo Cooper, a quienes él conserva inmensa y profunda gratitud.

Alfaro está reciénvenido de Europa, después de haber permanecido allá, en varios países, el espacio de tres años.

Las poesías del joven Alfaro han nacido espontáneas como las flores del desierto. En ellas no se nota ningún espíritu de imitación. Correctas y variadas, muestran que el joven vate, dotado de las más felices disposiciones, será en lo futuro una brillante gloria de la poesía costarricense; no, mejor dicho, del Parnaso Centroamericano.

DR. RAFAEL MACHADO

1889

(De la *Lira Costarricense*)

1 Al publicar la colección completa de los trabajos literarios del autor, hemos creído conveniente reproducir, a guisa de prólogo, algunas de las apreciaciones que se han hecho acerca de ellos.—LA REDACCIÓN.

CARTA

DIRIGIDA AL JOVEN POETA JOSE MARIA ALFARO

ALFARO:

Con mucho gusto leí en el número 28 de *El Imparcial* las *Rimas* que dedicaste a Isidro Marín. De ellas me voy a ocupar, no para hacerte una crítica, que aunque quisiera no podría; sino para felicitarte. Mi felicitación no tendrá la autoridad de un maestro en el arte, ni mi opinión sobre ellas podrá hacer que aumenten de mérito; sin embargo no puedo prescindir de hacer de tus *Rimas* el tema de mi carta. Qué quieres? tú tienes la culpa, tú que con ellas has hecho que me olvide de las ridiculeces del mundo y que piense en algo más alto, porque yo, Alfaro, a pesar de todo, no tengo un alma tan fría y calculadora como parece; soy susceptible de sentir, y el que es capaz de entusiasmarse por medio del sentimiento, puede hacer algo, si quiera sea conocer y admirar las obras bellas producidas por los otros. He aquí por qué razón hoy, en vez de criticar ridiculeces, alabo bellezas.

Tus *Rimas*, Alfaro, son dignas de tí. Yo conocía pequeñas composiciones tuyas, en las cuales demostrabas la feliz disposición con que en buena hora buscaras asilo en el Templo de las Musas; pero tus *Rimas* han venido a completar la obra de mi admiración. Son muy bellas, tienen muy delicados pensamientos, versos muy armoniosos y un conjunto que rebosa sentimiento. Revelas mucha originalidad y no sé si hasta tu procedencia;... en la pureza de la forma, me parece ver retratado el ambiente fresco y perfumado, con la esplendidez del cielo que limitó tu mirada de niño; en la virilidad de los pensamientos, la magestuosidad del coloso en cuya falda tuvieron lugar tus juegos infantiles... Yo no sé por qué, pero me parece que si no conociera al autor, adivinaría por lo menos su origen; debía ser cartaginés. Egoísmo sin duda!

Alfaro: al principiar me equivoqué; no es sólo una felicitación la causa de esta carta, es también una súplica; sí, una súplica al amigo, y que el amigo no puede negar sin rebelarse contra la amistad y contra Dios.

Porqué no cantas? te preguntó Marín y contestaste con tus *Rimas*, después de un prolongado silencio, y luego enmude-

ciste. Dices que amas... y sin embargo callas, y sin embargo no cantas... Eso no puede ser!; el jilguero en la floresta, nunca cantó mejor que cuando tuvo al lado a su amada, ni más inspirado que cuando lamentó un amor perdido.

Por qué no cantas? te pregunto yo, repitiendo las palabras de un amigo.... Oh! canta, canta, te suplico en nombre de la amistad que te profeso; canta, yo te exhorto en nombre de Dios, del Dios a quien plugo poner en tus manos una lira a cuyas sonoras vibraciones el alma se conmueve y el corazón se enardece. Canta a Dios, canta a la Natura, canta a la Patria, canta a la Amistad, canta al Amor, canta a lo que quieras; pero canta, canta, no dejes en la noche del olvido una lira que te fue dada para brillar a la pura luz de la inmortalidad.

Canta, canta, te lo suplica

tu amigo,

PASCUAL

(José María Solano)

Mayo 20 de 1881:

LA NOSTALGIA

DE ALFARO COOPER

«... poeta de cristal por lo delicado, al que habría que contar en el número de los venturosos, si existieran. Es de la casta que él imagina». Eso decía yo de Alfaro Cooper en una carta que me permití dirigir a doña Rosa de Chavarría, a propósito de sus *Orquídeas*. Y ¿quieren ustedes algo más cristalino, más puro, más *esencial* que los versitos *Nostalgia* publicados en *Pandemónium* del 22 de agosto? ¿Hay manera de transparentar, en verso ni en prosa, un alma tan clara como la del autor de aquellos versitos? ¿Cabe más poesía ni más melancolía—la melancolía por el bien aspirado y no poseído—que las que se encierran en aquellos renglones cortos, por lo escrito, grandes, inconmensurables, inmensos por lo que ellos sienten. Ellos

sienten, sí; ellos digo, porque ellos son el alma entera de su autor y no han hecho más que trasladarla, íntegra, sin la más pequeña rozadura, al papel.

Hay que haber tratado con alguna intimidad a José María Alfaro Cooper: hay que haberlo oído hablar de todo lo que él puede hablar, que no es poco: hay que haberle visto mirar a su excelente, a su dignísima esposa: hay que haberle visto cuidar a sus hijos: hay que haberle visto, en fin, en todas las cosas de la vida del sentimiento, para saber, como lo sé yo, que en aquel espíritu tranquilo, por ser espíritu, pero inquieto a veces por las impresiones que en él graba la materia, no hay, no ha habido nunca, no puede haber nada nebuloso, nada oscuro, nada negro: todo él es claridad, todo él es bondad, todo él... todo él es nostalgia: nostalgia del bien adivinado y no poseído.

Ese espíritu sano es lo que hace de Alfaro Cooper un poeta entero. Hará versos mejores o peores pero siempre hará poesía. Recuerdo—hará de ello poco más de un año—que en la intimidad a que nos llevó una amistad sincera, franca y sin la más pequeña mácula de interés, ni suyo ni mío, me leyó Alfaro Cooper unos versos, digo mal, un pedazo, un rasgón de su innata poesía. Líneas cortas, dedicadas a su esposa, en conmemoración, tal creo, de su natalicio. ¡Qué ridiculez!—dirán algunos poetas—dedicar versos a su propia mujer! ¡Qué belleza de alma!—digo yo—y que belleza de composición en la que se dejaba ver aquel espíritu sano, de que he hablado: qué ternura, qué paz, qué amor—ese sublime que emana de Dios, no el otro que tantos cantan—qué poesía más natural!

Pues lo mismo digo—y dirán muchos que no saben hacer versos—de *Nostalgia*. Si Alfaro tiene la costumbre de confesarse—que no lo sé—no llevará nunca mayor sinceridad, ni mejor examen de conciencia a los pies del confesionario, que los que han guiado su pluma al escribir *Nostalgia*.

¡Oh Yo tengo una patria,
una patria celeste
donde sólo hay dichosos,
donde el alma no tiene
sino amor sin engaños
para todos los seres.
Allí el odio no existe,
ni el orgullo insolente
ni la humana falsía,

ni la ira que enciende
 las pasiones salvajes
 que desgarran y muerden...

¿Puede decirse mejor lo que constituye esa aspiración a lo bueno, lo justo, lo infinito que todos sentimos y que en Alfaro Cooper es... su todo?

Nadie me llamó a este juicio: acudo a él porque leer los *versitos* de Alfaro y coger la pluma para escribir esto, de un tirón, sin pensarlo, pero sintiéndolo muy hondo, todo ha sido uno.

Ahora el señor director de *Pandémonium* que haga lo que le parezca, ya que ninguna honra va a proporcionarle el ostentar en su revista, junto a otras meritísimas, la insignificante firma de

CÉSAR NIETO

Barcelona, 18 de setiembre de 1904.

(De *Pandémonium*)

JOSE MARIA ALFARO COOPER

En esta mascarada de la vida en que todos gritan a voz en cuello y las multitudes locas de entusiasmo se arremolinan para llevar en hombros a insoportables medianías; cuando al tintineo del oro los mercaderes de conciencias bailan macabras danzas; cuando los jóvenes siguen a fingidos apóstoles empecinados en su cárcel de egoísmos, nada hay más hueco que el renombre.

No es, pues, extraño que al hablar una vez de Alfaro Cooper se me preguntara: ¿Quién es?—Los que viven para la vulgaridad, no deben ni pueden conocer a los que viven para el sentimiento.

Alfaro Cooper es todo un corazón, un hombre que lo ama todo porque todo lo cree bueno, un niño, indudablemente, que

no quiere comprender la perfidia y la maldad de los hombres. Nunca la fama de trompetas destempladas ha podido llevarle en sus corceles, porque él, para ocultarse, se ha recogido dentro de su corazón como una perla dentro de su concha.

Es, sin embargo, una sensitiva, un poeta delicado. Sus poesías tienen algo que sabe a besos de niños rubios.

No es viejo; su primera luz alumbró en 1861. Empero, Alfaro Cooper, hastiado ya de luchar contra la vulgaridad, ha enmudecido. Apenas las primeras nieves de la vida albean en su cabeza y ya se siente cansado.

¿Le acusaré de débil porque no sabe luchar? ¿Pero es acaso que luchan los ruisseños? Sin embargo, de tarde en vez, cuando en sus jardines interiores se abren los lirios de un sentimiento hecho caricia, cuando allá, en la dulce paz del hogar, entre las nubes amontonadas de las diarias necesidades, puede ver el azul infinito, el azul profundo del cielo de sus ideales, toma la copa de un lirio y brinda por la armonía.

Su delicadeza es entonces extremada, su ternura exquisita y el vuelo de su inspiración le hace posarse en las frondas aromosas del bosque del ensueño.

Para quien como él repugna sinceramente el aplauso bullucioso, tenemos el efusivo y mudo abrazo. No lo aplaudimos, lo abrazamos.

(De *Selenia* — Redactor, Luis Dobles Segreda)

RINCON DE AFECTO

UN HOMENAJE

Y ahora, guardo el chiste risueño y punzador.

Venga la sonrisa afable, la sonrisa plácida, la sonrisa ingenua. Aquella que parece un hilito de agua saliendo de una roca. Aquella que parece una abeja saliendo de una flor.

Esta mañana, como pan de ensueño, un muchacho me trajo el número 40 de la *Colección Ariel*. Contiene las poesías de José María Alfaro Cooper, uno de los más puros e inspirados

cantores de nuestra tierra. El único que aquí ha podido disputar al siempre llorado Aquileo el título de verdadero poeta.

Sentimiento tan exquisito como el suyo jamás lo he conocido. Alma tan blanca no ha flameado talvez sobre el pensamiento de ningún otro de nuestros escritores.

No es que tenga una fantasía desbordante, ni que embardurne las páginas en que vierte la proyección de sus visiones.

No es que conozca y maneje el fácil artificio de construir altas figuras a base de sandez.

Es que sabe expresar lo que siente con tan bella y cristalina sencillez!

Es que sabe sentir tan dulces cosas!

¿Por qué habrá enmudecido el ruiñeñor que fue en otros días orgullo de la selva?

Este libro que el laborioso editor de la *Colección Ariel* hoy nos presenta, tiene el encanto de un hermoso recuerdo.

Quizás al recibir ese rocío de estímulo el poeta a quien viene a enaltecer, sienta de nuevo vibrar con la dulzura de antes el arpa melodiosa de su corazón.

¡Ah! si así fuera! El mismo lo ha dicho en una de sus más inspiradas estrofas:

*“en mi pecho de viejo
siempre late un ardiente, juvenil corazón”*

Al abrazar con sincera efusión al poeta amigo, desde este campo de jovialidad en que he venido a plantar, talvez definitivamente, mi tienda peregrina, escojo la mejor de sus joyas para engalanar con ella esta *Linterna*.

Tal mi homenaje de ardiente admiración.

BILLO

(JOSÉ MARÍA ZELEDÓN)

(De *La Linterna*)

POESIAS DE ALFARO COOPER

Cuando llega a mis manos un libro publicado en este ambiente completamente refractario a las bellas artes, en cualquiera de sus manifestaciones, recuerdo una parábola que allá, en la bella Italia y a orillas de la fantástica laguna veneciana, me contó una dulce amiga diciéndome que era una alegoría popular:

Había una vez un cisne blanco, muy blanco, que vivía en un lago en cuyas orillas crecían árboles bajos y frondosos que lo hacían sombrío. Aquel lago reflejaba, en las noches, las estrellas que desde el cielo nos envían sus sonrisas afectuosas. Y el cisne saltaba cuando las encantadoras estrellas empezaban a brillar en el espejo del lago y se paseaba orgulloso por entre aquel millar de puntos luminosos, dando a entender que bogaba en un lago de luz blanca, endonde lo más blanco eran sus plumas blancas y endonde lo más bello eran sus ojos bellos. De cuando en cuando, sumergía el pico disponiéndose a pescar algo y después tragaba con fruición divina, como si aquello que comía fuese un manjar delicadísimo de esos que no se encuentran a cada paso. El pobre cisne comía estrellas, mejor dicho, se alimentaba de reflejos de estrellas en un lago sombrío. Y era feliz y vivía altivo en medio de sus compañeros, porque ninguno de ellos saltaba a pasear de noche por el bellissimo espejo de las aguas ni conocía las estrellas ni la dulzura de las imágenes que ese lago fabricaba en su seno de sombras. Comer estrellas! tal era su único afán, tal era su única vida, alimentarse de luz, de ideal! Por eso no se le veía durante las horas del día, como a los otros cisnes, pasear su vanidad por en medio de las hojas secas que los árboles de la orilla lloraban sobre la superficie tranquila del lago; por eso, quienes lo veían afirmaban que estaba enfermo, que sufría algún pesar, que talvez la bella adorada lo había despreciado en el momento mismo en que él la declaraba su pasión inmensa.

Y era que nadie conocía su dulce secreto!

Pero un animal de esos que viven en las orillas de los lagos y que pasan el día y la noche buscando en el fango lombrices con las cuales alimentarse, notó los amores del cisne con la sombra y el banquete de estrellas que se servía en cada noche. Y, envidioso, se acercó a él y le dijo que lo que comía no eran

estrellas, que lo que creía tragar no eran sino reflejos de astros nada más, que aquello no podía servirle porque las ilusiones, aunque sean ilusiones de estrellas, no alimentan, no satisfacen las necesidades del organismo.

Y el cisne, enamorado de la noche, al principio no hizo caso, siguió creyendo en las estrellas y en sus reflejos; pero el otro insistió tanto, que obligó al cisne a meditar acerca del valor alimenticio de los reflejos de luna y de astros. Y empezó a creer en lo que le decían y empezó a enflaquecer y a mostrarse más retraído que nunca. Su mal aumentó hasta el punto que un día lo encontraron muerto junto a unos rosales florecidos que crecían a la orilla del lago.

El ideal lo había hecho morir. Mientras creemos en el ideal y en su consistencia y en su eternidad vivimos satisfechos, aunque ese ideal sea una ilusión, aunque ese ideal sea un reflejo de estrella en el lago sombrío de nuestra mente; pero cuando nos falta la confianza que debemos tener en ese ideal, cuando nos damos cuenta de que es un reflejo de luna, cuando se convierte en algo ilusorio, entonces mueren en nuestro interior las grandes aspiraciones, se apagan los grandes entusiasmos y muere, dentro de nosotros, todo, absolutamente todo, como murió el cisne del cuento de mi dulce amiga, junto a unos rosales florecidos que crecen a la orilla del lago de nuestra inteligencia.

Esa alegoría popular se presenta de nuevo a mi mente hoy que uno de los más dulces poetas de Costa Rica, abandonando la soledad de que gustaban sus rimas encantadoras, reúne sus más bellas estrofas en un volumen primoroso.

José María Alfaro Cooper no ha sabido escuchar a esos que afirman que las flores del alma—poesías, pinturas, armonías, esculturas y prosas bien modeladas—no son sino reflejos de estrellas en un lago sombrío. En el apartamento en que ha vivido, su musa acostumbraba salir de noche, bogando en un lago de luz blanca, endonde lo más blanco eran sus tiernos pensamientos, endonde lo más bello eran sus bellos pensamientos.

El volumen suyo de POESÍAS editado por Joaquín García Monge, ese hombre admirable por su laboriosidad, es un volumen de ternuras endonde el crítico, acostumbrado a buscar siempre las cosas bellas, encuentra una grande naturalidad y una maravillosa sensibilidad; la de Alfaro Cooper es una poesía instintiva que surge del alma sin otra veste que la tenue fosforescencia de sus alas de libélula; ningún artificio; su caracterís-

tica es precisamente la sinceridad; sus cantos son apasionados, encantadores, sonrientes a veces, a veces conmovidos, llenos de ardor y de aspiración hacia las cosas bellas y nobles, hacia lo infinito, hacia lo humanamente divino; son cantos saturados de idealidad. De ellos, en la primera de las poesías que aparecen en este volumen, dice el poeta:

he vertido en vosotros toda el alma:
 mis dudas, mis congojas
 y este sediento afán que no se sacia . . .

Son versos, que despiertan ternura en las almas de quienes los leen con cariño, son versos a los cuales nadie puede tenerles lástima, como cree el poeta, porque las cosas bellas no pueden inspirarla; lo único que logran despertar es la envidia que se encuentra acurrucada en las sombras de las almas bajas.

El anhelo del poeta es ir siempre más allá, cada vez más allá, deseando tender el vuelo airoso por las alturas endonde el sufrimiento es algo bello, algo que purifica al hombre y lo hace cada vez más bueno, cada día más delicado, cada año más humano y cada vida más divino:

subamos más allá, que el pecho henchido
 de una santa ambición busca anhelante
 una huella del astro apetecido.
 Y busco, y busco más; y nada encuentro,
 y reconozco al fin de la jornada,
 que si el alma se sale de su centro
 y busca más allá, no encuentra nada.

Las almas bellas todo lo encuentran dentro de sí mismas; nada hallan fuera de ellas porque viven una vida íntima, lejos de toda influencia exterior; porque no sienten vanidades, pues el aplauso que buscan es el aplauso que, satisfechas de su propia labor, ellas mismas se dan en silencio, sin ostentaciones, humildemente me atrevería a decir, con una de esas paradojas que son mi encanto.

En la poesía titulada ILUSION Y REALIDAD, el artista hecho filósofo raciocina acerca de la verdad del desconuelo, acerca de la mentira de la fe; son tres estrofas dolorosas en las cuales se siente más amarga la amargura, como lo afirma el mismo poeta en esa composición. Se pregunta el autor con tristeza:

Cómo he de mirar, Dios mío,
para hallar la vida hermosa?

Y el crítico que está obligado a reunir en collar valioso las perlas que los artistas distribuyen aquí y allá, contestaría con toda sinceridad: Has de mirar del modo con que miraste cuando escribiste aquella hermosísima poesía *DE MI HOGAR*, en la cual todos aquellos que tenemos en nuestras casas cabecitas rizadas que acariciar y labios sonrosados balbucientes que besar, encontramos mucha belleza, mucha ternura, mucho amor a esta vida que es hermosa, encantadora:

Tengo en mi casa un pimpollo
hecho de nieve y de rosa,
es un diablillo animado
por una fúlgida aurora,
tiene los ojos azules
y la cabellera blonda,
una mirada traviesa,
una risa juguetona,
un olorcillo indecible,
diré mejor, un aroma
desconocido al olfato
de las extrañas personas,
pero que percibe el alma
de toda madre amorosa.

Al través de esos ojos azules, de esa cabellera blonda, de esas miradas traviesas, de esa risa juguetona y de ese olorcillo indecible, es como se ve la vida más hermosa, es como el alma se siente más enérgica, preparada para luchar contra todas las dificultades de la existencia y vencerlas.

Es, en esa visión que a diario tienen todos los padres amorosos, en donde se encontrará

el acorde poderoso
que convierte en acento cadencioso
la borrasca febril del corazón.

Y se encuentra también en la presencia de aquella dulce mujer

que es la gracia y es la luz de la vida
que ilumina, embalsama y embellece el hogar,

con la cual se han vivido catorce años,

es decir, catorce días

y a la cual se le dice con ternura:

Yo miento cuando te digo:
 "te quiero cual te quería
 en aquel dichoso día
 en que me casé contigo."

.....
 si ya no te quiero tanto,
 es porque te quiero más.

La presencia de esa mujer en el nido es causa suficiente para olvidar que

si un instante el espíritu revive
 y el pensamiento erguido se levanta,
 la luz de las pupilas se abrillanta
 y un ángel viene a acariciar mi sien,
 cobra más ira la congoja horrenda,
 redobla su furor, la luz se apaga,
 nuevos despojos la tormenta traga
 y el ángel huye sin piedad también.

De una delicadeza poco común es la estrofa cuarta de las RIMAS; el beso de la mujer amada, cuando ese beso es la recompensa que recibimos por algo bello que llevamos a efecto o es el bálsamo que se nos aplica a una herida del alma, conmueve más que todo lo que logra inspirar temor en los corazones débiles.

Que se nutra el espíritu de sombras,
 y escuche el corazón voces de muerte,
 y tenga ante mi vista la esperanza,
 y que me tenga miedo y que se aleje.
 Que sienta sobre el pecho lacerado
 el aguijón mortal de la serpiente,
 discurriendo la sangre por mis venas
 con el hervor maligno de la fiebre,

que la Gorgona misma ante mis ojos,
 con su terrible faz se apareciese;
 todo, todo a la vez; ya no es bastante,
 no llegará jamás a conmoverme . . .
 Y me sentí temblar cuando imprimiste
 aquel beso de amor sobre mi frente!

Las poesías que en este libro están dedicadas a cantar las hermosuras del hogar, son deliciosas: AUSENCIA, en la cual llora porque se halla lejos de su compañera adorable; AMORES, en donde con una sencillez incomparable, canta los amores de una chiquitina de quince meses con un rapazuelo que

muestra ufano
 las pantorrillas
 bajo los pliegues
 de su batita;

RIMAS BREVES, curiosa poesía de versos de dos sílabas en la que el poeta, en su insaciable sed de bien, aconseja, al hijo del alma, amor hacia los niños que sufren y que lloran sin culpa alguna; LA ABUELA, preciosas estrofas de versos trisílabos en las que entona laúdes bien merecidos a la madre—dos veces—la plácida abuela; por último, NOCHE BUENA, visión sentida de esa época inolvidable para niños y para viejos.

Todas esas poesías del hogar son encantadoras, llenas de encantos sinceros, nada empalagosas y ficticias como lo son, por ejemplo, las poesías de ese fastidioso Juan de Dios Peza. Hay en ellas vida y más que vida, alma sencilla, amorosa.

El pequeño volumen se cierra de una manera poco común. LÁGRIMAS DE MADRE, EL ÁNGEL, DOS JUICIOS SOBRE LA VIDA HUMANA y LA ROSA son traducciones directas del ruso, las tres primeras en verso, la última en prosa.

Del jardín fragante de la lírica rusa, Alfaro Cooper ha traído a nuestra lírica las bellas frases y los hermosos sentimientos de Nekrassof, de Lermontoff, de Pouchkine, de Filator y de Turgueneff. Esfuerzo que significa mucho en un país como el nuestro endonde se hace ostentación de ignorar todo lo que es arte, un país como acertadamente dice Rufino Blanco Fombona, en el prólogo de la ANTOLOGÍA DE POETAS MODERNISTAS, que no culmina como productor de arte y que, en ese camino, debe

ceder la delantera a otros países, menos espartanos, o menos beocios, cartagineses y fenicios.

En resumen, un pequeño libro hecho de páginas de vida, cantos de inspiración sincera y de grande espontaneidad en la forma, vibrantes de piedad y de cariño humanos, cantos de amor armoniosos que franciscanamente abrazan a la naturaleza y a toda la humanidad para celebrar la belleza de la vida.

JOSÉ FABIO GARNIER

(De La Información nº 1780)

VIEJOS MOLDES



VIEJOS MOLDES

POESÍAS DE JOSÉ MARÍA ALFARO COOPER

A MIS VERSOS

Oh! pobres versos míos,
nacidos todos de mi pena amarga,
botados a la luz de la existencia
con el calor de mis ardientes lágrimas,
lamentos ay! de un corazón cobarde,
acordes de una música lejana,
que vais adonde van mis pasos torpes...
hacia la noche aciaga;
quimeras o verdades de la vida,
he vertido en vosotros toda el alma:
mis dudas, mis congojas
y este sediento afán que no se sacia...
Algunos hay que os miran con ternura,
otros os tienen lástima,
y ¿envidia? Nadie, no se tiene envidia
del ser que gime entre la sombra y pasa,
mendigo del amor que va implorando
un poco de esperanza...
Los más, sobre vosotros nunca dejan
caer una mirada!

1889

TRISTEZA

Huérfano fui desde mi edad temprana,
mi infancia en el olvido se pasó,
mi juventud en el pesado hastío,
profundo, abrumador;
huraño siempre a la ternura ajena,
pues nunca sentí yo,
ni en la frente los besos de mi madre,
ni en los labios el beso del amor...

Ya me siento cansado de la vida
y miro con placer
la calma soporosa de las tumbas
y ese triste vaivén
con que mueve la brisa sollozante
las enlutadas ramas del ciprés...
Qué dulce debe ser estar ya muerto!
Qué dulce debe ser!

1889

ANHELO

Oh, yo quiero saber! El vuelo airoso
rápido tenderé por las alturas,
y, a pesar de tu brillo esplendoroso,
he de salvar, oh Sol, tus lindes puras;

al lado del que busca el alma mía,
con tus reflejos de oro y de topacio,
vienes a ser la noche de su día
o un cadáver errante en el espacio.

Oh! yo quiero saber; pues adelante,
subamos más allá, que el pecho henchido
de una santa ambición busca anhelante
una huella del astro apetecido.

Y busco, y busco más; y nada encuentro,
y reconozco al fin de la jornada,
que si el alma se sale de su centro
y busca más allá, no encuentra nada.

1883

ILUSIÓN Y REALIDAD

Cuando el filósofo ve,
con su mirada de hielo,
la verdad del desconsuelo,
la mentira de la fe;
pregunta al cielo ¿por qué
me diste tu luz divina,
si en lo que el alma imagina
con más delicioso halago,
ve la razón tanto estrago
y en cada flor tanta espina?

Y el vate que eleva el canto
de encantadoras caricias,
ahogando va sus delicias
en los raudales del llanto;
porque ha delirado tanto
en su sueño de ventura,
que cuando su labio apura
el acíbar del dolor,
más agrio encuentra el licor,
más amarga la amargura.

Llora el sabio la ficción
de la ilusión de su vida,
y el vate llora perdida
la vida de su ilusión,
y yo con igual pasión,
cuando la pena me acosa
con su sombra venenosa,
exclamo en mi desvarío:
Cómo he de mirar, Dios mío,
para hallar la vida hermosa?

1883

RIMAS

I

Cantar! Qué he de cantar! si estoy herido
por un martirio devorante y fiero,
si del dolor el límite postrero
he tocado tal vez. Qué he de cantar!
Y ¡cómo he de cantar! cuando la pena
que muerde con furor el pecho mío
ya no es pena no más, es desvarío
que hace mi corazón agonizar.

Si un instante el espíritu revive,
y el pensamiento erguido se levanta,
la luz de las pupilas se abrillanta
y un ángel viene a acariciar mi sien,
cobrá más ira la congoja horrenda,
redobla su furor, la luz se apaga,
nuevos despojos la tormenta traga
y el ángel huye sin piedad también.

Y he de fingir torturas que no siento
por caprichos no más del entusiasmo?
O cantar y llorar? Vano sarcasmo
digno de la careta de un histrión!
Es imposible ¡oh Dios! En dónde, endónde
encontraré el acorde poderoso
que convierta en acento cadencioso
la borrasca febril del corazón?

II

Ay! yo la amé! qué presto el infortunio
en mi angustiado pecho se asentó,
y sentí sobre el alma lacerada
gravitando la noche del dolor!

Tú me has visto sonriendo delirante
soñándola en dulcísima visión,
y recoger mi espíritu a su vista
cual la pupila ante la luz del sol.

Ella ha podido oscurecer mi gloria
y matar en mi pecho la ilusión,
y eucapotar el sol de mi esperanza,
pero arrancarme su recuerdo, nó.

III

Yo quise sorprender entre tu pecho
el secreto que vela tu pasión;
y envuelto en el aroma de tus labios
mi espíritu sutil, engañoso,
en un suspiro que del alma diste,
hasta el fondo del alma penetré.
Errante en el abismo de tu sombra,
escuché la tenaz palpitación
que de tu seno alabastrino arrancan
las arterias con ímpetu veloz;
palpé con avidez todas las fibras
que pudiera ocultar tu corazón;
pero todas ¡horror! estaban mudas,
hasta la dulce fibra del amor;
y al huir de tu pecho, avergonzado,
con desprecio hacia tí, negando a Dios,
herida al cabo tu fatal soberbia,
con furor sacudió tu corazón.

IV

Que se nutra el espíritu de sombras,
y escuche el corazón voces de muerte
y tenga ante mi vista la esperanza,
y que me tenga miedo y que se aleje.
Que sienta sobre el pecho lacerado
el aguijón mortal de la serpiente,
discurriendo la sangre por mis venas
con el hervor maligno de la fiebre,
que la Gorgona misma ante mis ojos,

con su terrible faz se apareciese;
 todo, todo a la vez; ya no es bastante,
 no llegará jamás a conmovirme...
 Y me sentí temblar cuando imprimiste
 aquel beso de amor sobre mi frente.

V

No hay flores en la pradera,
 ni cisnes en la laguna,
 ni estrellas que miren pálidas
 sobre la bóveda oscura.
 Los sauces del cementerio
 inclinan sus ramas mustias
 y los pájaros nocturnos
 en la sombra se saludan;
 el ángel de las tinieblas
 habita las anchas grutas,
 y duerme la inmensidad
 en una calma profunda,
 como duerme entre mi pecho
 el horror de mis angustias.
 Mas si la calma engañosa
 en silencio me tortura,
 ¿qué será cuando se agite
 la tempestad de mis dudas?

VI

Ambición, genio fecundo
 que dentro del alma siento
 y de cada pensamiento
 quisiera formar un mundo;
 llena el abismo profundo
 donde mis glorias están
 y tras él mis ansias van,
 que bien pudieran por él
 ser bellas como Luzbel
 y convertirse en Satán.

VII

La esperanza, nube hermosa
 sobre el alma suspendida
 y que embellece la vida
 con sus mirajes de rosa,
 es ave azul que se posa
 muy cerca de nuestro anhelo;
 y ¿habrá una sombra de duelo
 que a su poder no sucumba,
 cuando al través de la tumba
 nos deja mirar el cielo?

VIII

No hay quien devuelva al pecho lacerado,
 ni una sola ilusión desvanecida,
 ni quien convierta el cáliz de amargura,
 en copa de ambrosía.

Ni tú misma, mujer, quebrar intentes
 ese cáliz fatal, lleno de acibar,
 que ya en él apuré los desengaños
 oscuros de la vida.

Bien puedes sonreír a mis congojas;
 tú no naciste dulce y compasiva,
 y ocultas entre flores algo horrible
 que causa la desdicha.

Como no puedo pronunciar tu nombre,
 al viento doy las quejas de mis rimas;
 ellas se pierden como leve espuma
 al soplo de la brisa.

Si has podido escuchar indiferente
 las sollozantes notas de mi lira,
 yo sé que mi recuerdo abominado
 en tu interior se agita.

Sé que al nombrarme, para ajenos ojos,
 siempre te muestras desdénosa y fría:
 así es la vanidad, ella convierte
 las lágrimas en risas.

IX

¿Y otra vez? ¿y otra vez? Y no es bastante?
 ¿Y en vano el pecho destrozado siento?
 ¿Y en vano oscureció mi pensamiento
 aquella sombra inmensa de dolor?

El cielo todo se nubló a mis ojos,
 avaro el sol encapotó sus rayos,
 y las flores cayeron de sus tallos
 y la noche invadió mi corazón

¿Y me hablas tú de pájaros y flores?
 ¿Y me pintas tu amor y tus ternuras
 cuando inocente y cándida procuras
 ofrecerme un hermoso porvenir?

¿Juntos los dos? ¡Jamás! Ni cómo puede,
 a la sombra, la luz, unirse grata;
 hasta ese mismo amor que te arrebató
 habrá de ser infierno para mí.

X

Yo la miré con la mirada intensa
 de una pasión amarga y delirante,
 sin que dejase ver en mi semblante
 la negra nube del dolor tenaz,
 y en una queja tímida y doliente
 que arrancara el amor desesperado,
 un sollozo del alma le he dejado,
 un sollozo del alma... y nada más.

Ella que el sueño de mi vida ha sido,
 ella que fué mi porvenir entero,
 ¿Querrá domar mi espíritu altanero,
 querrá gozarse en mi pesar talvez?
 Mas si la quise con el pecho henchido
 por la santa ambición de la esperanza,
 jamás su necia vanidad alcanza
 a domeñar mi orgullo y mi altivez.

Y vencerá por fin... pero la frente
 marchitada, rugosa, amarillenta,
 revelará también que la tormenta,
 activa desprecio de su dolor.

Y vencerá por fin... pero la parca
 al recorrer las sombras de la vida,
 dejará en la pupila entristecida
 escrita allí la historia de mi amor.

XI

¿Sabes que al ver tu dignidad fingida,
 he llegado a pensar en mi dolor,
 que sobraba veneno de mi pecho
 para matar también tu corazón?

1883

A LA SOCIEDAD "EL PORVENIR"

Sumido ayer en la bruma,
 de mi recóndita calma,
 sin ilusiones el pecho
 y sin acordes el arpa,
 buscaba en el cielo oscuro,
 por entre nieblas lejanas,
 algún pedazo de azul
 donde posar la mirada,
 que fuese para mis ojos
 oasis de la esperanza.
 Mas ¡ay! que el cielo sombrío,
 de horrores haciendo gala,
 absorbe toda la noche
 y pesa como una lápida;
 mas ¡ay! que la imagen bella
 que mi entusiasmo forjara,
 tan sólo porque fué mía
 ya va tornándose pálida,
 y desfallece el espíritu,
 y el corazón se acobarda,
 y mil preguntas siniestras
 y mil congojas me asaltan.
 ¿Por qué en mi lira hay lamentos?
 ¿Por qué en mis ojos hay lágrimas?
 ¿Por qué nacen tantas dudas
 para atormentarme el alma?
 Por qué en las horas del sueño
 se me aparece un fantasma,
 y me dice cosas negras,

que sólo podré pintaras,
 con las sombras de la muerte,
 o las manchas de la infamia?
 ¿Por qué en mi pecho se anidan
 ocultas, mortales ansias?
 ¿Por qué se ve al desengaño
 naciendo de la esperanza?
 ¿Porque los ojos de cielo
 tienen miradas que matan?
 ¿Por qué hay sonrisas traidoras
 en tantos labios de nácar,
 y a veces todo un infierno
 en el corazón que se ama?
 ¿Por qué tras cada caricia
 se ve la traición bastarda,
 y hasta en el rostro del ángel
 parece haber una máscara...?

Mas, que os importa de mí,
 ni de mis locas quimeras,
 ni de mis hondos suspiros,
 ni de mis lágrimas tercas,
 si siempre tenéis vosotros,
 en vuestra dulce vivienda,
 la luz del cielo que irradia
 en la mirada materna,
 y un hogar, y una familia,
 y tantos seres que llenan
 de flores resplandecientes
 los limbos de la existencia.
 Por eso pienso, señores,
 que habrán de pasar mis quejas
 por este lugar tranquilo,
 como una sombra funesta,
 como la espuma que pasa,
 como la nube que vuela,
 que apenas se la ha mirado,
 y apenas se la recuerda.
 Mas ¡ay! que mi torpe labio,
 en vano fingir intenta,
 y sólo puedo cantar,
 el canto de mis tristezas.
 Ya véis qué pobre homenaje,
 ya véis qué rústica ofrenda:
 algunos ayes muy tristes,
 algunas notas muy trémulas,
 una alma toda sumida
 en una noche muy negra,
 y un corazón palpitante
 y con las alas abiertas,
 que quiere tender el vuelo
 desde esta pesada tierra
 hacia esos soles del arte
 que vuestros pechos anhelan,
 y confundir nuestras almas
 en una ascensión suprema.

1884

REVELACIÓN

A mi amigo José M^o Solano V.

Era una tibia noche del este,
hermosa luna en el cenit brillaba,
iluminando el ámbito vacío
con su luz apacible; coronaba
como blanca diadema el cielo umbrío
y cortejo de estrellas circundaba
esa reina gentil, adormecida
en el grato fulgor de aquella vida.

La brisa leve, murmurando apenas,
mansa desliza sus ligeras alas,
diciendo vagas gemebundas penas,
meciendo al paso de la flor las galas;
y en los ricos palacios, las escenas
son de amor y placer, en regias salas
donde aromas y sedas y brillantes
inolvidables hacen los instantes.

En la agreste ribera, sacudida
por los tumbos del mar, las linfas puras
azotan sin cesar y sin medida
el inmenso arenal, y verdioscuras,
pequeñas olas, la agitada vida
van sepultando en rocas y hendiduras,
con un sollozo que parece humano,
hasta perderse en el confín lejano.

Grandiosa soledad reina en la playa
y en una habitación pobre y sencilla,
cuando el rumor de los humanos calla,
una angustiada lámpara amarilla
libra contra las sombras su batalla;
mas a la pobre estancia donde brilla
la ilumina el amor, con luz hermosa,
de una amante pareja venturosa.

Libando están las dulces ilusiones
que forja audaz la fiebre de la mente
y arrullan sin cesar los corazones,
siendo de la pasión vívida fuente;
de amor esperan venturosos dones,
vana esperanza, cándida y ferviente!
enlazando sus manos, y delirán
según es la expresión con que se miran.

Ella es modesta, pura y candorosa,
flor prometida de su tierno amante,
su nombre sin rival le dió la rosa,
su blancura el jazmín y su constante
fragancia la violeta ruborosa;
sobre su cuerpo esbelto y elegante
la suelta cabellera se extendía,
y sus ojos tñó noche sombría.

El, mancebo galán, fuerte y robusto,
de moreno semblante, su mirada
de lánguido fulgor, su porte augusto,
espaciosa su frente y levantada,
do apenas del dolor el ceño adusto
una huella fugaz dejó marcada.
Ambos su amor y decepciones cuentan
y este animado diálogo sustentan.

—Carlos (tal nombre tenía
el héroe de mi leyenda),
no es posible que comprenda
la causa de tu aflicción,
estando ya tan cercana
la unión que juzgas dichosa...
—Es que tú no sabes, Rosa,
las leyes del corazón.

Cuando mira allá a lo lejos
fulgurar una esperanza,
en vano, loco, se lanza
corriendo tras el placer,
pues si palpa su deseo,
se deshace en humo leve
y entonces el cáliz bebe
del amargo padecer;

mas no temas que una nube
venga funesta y oscura
a empañar nuestra ventura,
a disipar nuestro amor.
—Piensas acaso engañarme
con esa dulce mentira?
Cuando tu pecho suspira
yo conozco tu dolor

Y sé que pasa por tu alma
algún recuerdo penoso
y que turba tu reposo
tu pasada juventud;
pero yo te dije un día
que ignoraba ese pasado
y jamás había dudado
de tu honor y tu virtud.

Me ocultaste tenazmente
esa historia de tu vida,
teniendo siempre corrida
la cortina del ayer;
sepulté entonces mi pena
allá en el fondo del alma
y nunca quise en tu calma
esa zozobra verter;

Mas preciso es que descubras
hasta el fondo de ese arcano,
a quien va a darte su mano
y tú el nombre vas a dar.

— El nombre! dices, el nombre!
Estás loca, vida mía?
Presto turbas la alegría
inefable del hogar!

Perdóname, soy injusto;
pero yo debo ocultarte...
— Para qué supe adorarte
si no conozco mi bien?
Y pues he de ser tu esposa,
derrama con tu ternura
tus lágrimas de amargura...
Déjame llorar también!

— En vano, Rosa, te empeñas,
— Lo exijo, Carlos, lo exijo.
Si sé la verdad, de fijo
habré de quererte más.
Comasión ¡dímelo todo!
— Dices bien, mas, te amo tanto!
Has de verter mucho llanto;
pero esa historia sabrás.

Dijo así el joven, la nublada frente
cubrió de arrugas el dolor ímpio
y allá en lo oscuro de su loca mente
brotó el recuerdo fúnebre y sombrío.

— Era mi madre un ángel de consuelo,
tan pura como tú, tan bondadosa,
como quiso crearte para el cielo,
genio de luz en noche esplendorosa.

Coincidencia feliz, el mismo nombre
llevó mi madre, Rosa, que tú llevas;
mi padre... no lo sé, pues aquel hombre
de su crimen fatal no dejó pruebas.

— Un crimen! — Sí, un crimen revelado
por una madre moribunda a su hijo,
aún recuerdo su rostro demudado,
cuando llorosa me llamó y me dijo:

« Voy a morir, vagando por el mundo
vivirás sin consuelo, miserable,
sin un cariño que llamar profundo
y serás para el hombre, despreciable;

mas siempre debes perdonar al hombre,
henchido sólo del orgullo necio,
que sin piedad y con desdén te nombre...
No devuelvas desprecio por desprecio,

y sintiendo tu pecho dolorido,
nunca maldigas mi recuerdo acerbo,
porque tú fuistes el fruto bendecido
que de mi llanto y mi dolor conservo.

Hijo, no del amor, sino del crimen,
esta es mi breve y desgraciada historia,
infelices los míseros que gimen,
revolviendo su polvo entre la escoria!

Estaba en esa edad de los ensueños,
de juegos inocentes y de amores,
años de juventud, años risueños;
pero que duran ay! lo que las flores,

cuando un hombre me vió, su vista ardiente
clavó en mi corazón emponzoñada...
Y una noche fui víctima inocente
y amanecí maldita y deshonrada!

Yo nunca amé a tu padre, hijo adorado,
tú iluminas sonriéndome el abismo
que abrió bajo mis pies el desgraciado
que hasta el crimen llevara su cinismo.

Y tú, hijo mío, no tienes por herencia
sino la infamia de tu pobre madre
y por quererlo así la Providencia,
el retrato funesto de tu padre.

Conserva siempre, concluyó, te encargo,
esa imagen fatídica y sombría... »
Y luego enmudeció, su llanto amargo
acibaró la hiel de su agonía.

Luego, dijo en triste acento:
— Ya que ves mi desventura,
no olvides tu juramento,
no maldigas mi amargura.

Yo soy un pobre proscrito
ante los ojos del hombre,
porque aquí nace maldito
el que nace sin un nombre;

y llevo el sello en la frente
de un origen desgraciado,
tan perpetuo, tan ardiente,
como el crimen del malvado.

Yo que pensaba llevarte
por una senda de flores,
no tengo un nombre que darte,
sino penas y dolores;

pero por Dios! no maldigas
el amor que nos ha unido;
yo quiero, niña, que digas
si me crees envilecido.

Y si arrojas, desleal,
ese amor que es mi consuelo,
iré a buscar en el cielo
el remedio de mi mal.

Sin esa pasión hermosa
que ilumina mi existencia,
perderá mi vida, Rosa,
su virtud y su inocencia.

No habrá luz, no habrá alegría,
ni esperanzas ni ilusiones;
sino perpetua agofía,
y perpetuas decepciones;

porque es el amor tan ciego
que a la más ligera bruma,
llevando un volcán de fuego
se apaga como la espuma;

llega luego hasta el delirio,
si desdennan sus halagos,
para sufrir el martirio
que causa tantos estragos!

Y por eso...—Carlos, calla,
basta ya de sufrimientos,
de dolor mi pecho estalla
y no crees mis juramentos!

Esa duda abominable...
—Rosa!—Piensas que creo
que es el hijo responsable
de un crimen de que no es reo?

Y es justa la ley fatal
que le pone las cadenas
de la infamia, porque tal
sangre corre por sus venas?

Hoy te amo más, Carlos mío,
pues eres tan generoso,
y el hijo del desvarío
vendrá a ser mi tierno esposo;

mas, dime, Carlos, qué has hecho
ese retrato, lo tienes?
—Sí, que lo traigo en el pecho
y me tortura las sienes.

Quieres verlo?
—Que si quiero!

Te lo suplico, al instante!
Con ansia y temor espero
ver de tu padre el semblante.

Entonces Carlos presentó a la hermosa
joven un relicario de marfil
y su mano vagaba temblorosa,
como agitada por pasión febril.

Lo presentó cerrado, su contacto
le quemaba, sin duda, el corazón,
y al tomarlo, a su vez, en aquel acto
la niña, a su pesar, también tembló.

Pensamiento de horror surgió en su mente,
un momento dudó su loco afán,
y acercose a la luz súbitamente
aquel rostro funesto a contemplar.

Lo vió y se estremeció, la vista vaga
giró en su derredor, un grito ahogó,
y así como el crepúsculo se apaga,
en mortal palidez cambió el color.

Frotó luego sus ojos un instante,
cual si una nube le impidiese ver,
y miró tenazmente aquel semblante;
pero la angustia torturó su sien.

Y un grito ahogado, un grito de agonía,
exhaló de su pecho, sin notar
que otro grito también le respondía,
eco sin ruido que a apagarse va.

—Es mi padre! gritó en su desvarío.
—Imposible! clamaba en su estupor.
—Tu padre, nó, tu padre no es el mío!..
Y en los brazos de Carlos se arrojó.

Y luego un beso, tímida y ufana,
sobre la frente de su amante dió
y con loca pasión, «Yo soy tu hermana!»
en delirante vértigo exclamó.

Mucho tiempo ha transcurrido
desde aquella noche triste
y sólo el recuerdo existe
del amor que se han tenido.

Esto prueba la opinión
de que todos los amores
sólo son diversas flores
del jardín de la ilusión.

1880.

A RUBÉN DARÍO

De tu alma bella, Darío,
la luz espléndida y pura
inútilmente procura
pintar el acento mío.

Amor, Patria y Libertad
son el sol que te fascina
y tu palabra divina
alienta a la humanidad.

En tus himnos tropicales
se escuchan dulces rumores:
hay trinos de ruiseñores
y música de turpiales.

Y del más negro capuz,
forma tu canto sonoro,
madejas rubias de oro
que se deshacen en luz.

Pues cuando cantas, Rubén,
al pecho llega el consuelo
y baja un ángel del cielo
para coronar tu sien.

1883

EL ÓSCULO DE UNA ARTISTA

Al poeta Carlos Posada

Yo también quiero, poeta,
que arranque a mi tosca lira
sentidas notas del alma
el ósculo de una artista.
Yo también siento vibrar
dentro del pecho una fibra,
como el dulce arrobamiento
que nuestra mente cautiva,
cuando entre sueños halaga
una visión peregrina.
Como el murmullo apacible
de las auras fugitivas,
cuando besan amorosas
las flores de la campiña;
como el canto que resuena
entre las ramas floridas
saludando la mañana
tiernamente la avecilla.
Yo también quiero, poeta,
animar mi triste lira,
aunque su nota es muy débil
está en el alma sentida;
admite pues, noble vate,
mi desacordada rima,
y deja que cante ufano
el ósculo de una artista.
Ese beso pudoroso,
fuente de amor y de vida
y de la unión de dos almas
expresión tierna y sencilla;
ese aliento, ese perfume,
con que embriaga, con que hechiza
el labio de la que amamos
coronando nuestra dicha;
celeste llama en que arden
dos seres en una pira,
breve deleite y eterno
en que se agota la vida;
cuando se funden dos almas
en una sola caricia,
unos labios que no besan
no han probado la ambrosía,
son pétalos deshojados
de una flor mustia, marchita . . .
Pero tú mejor conoces
el ósculo de una artista.

Tú que has visto, tú que has visto
llegar hasta tí esa chispa
del firmamento azulado
que tachonaba tu dicha,
tú que has visto en la materia
brillar el alma cautiva,
y tan noble concebiste
el alma de tu Marfa (1)
tú, Posada, bien mereces
el ósculo de una artista.

1880

A

Ya sé que es bello tu nido,
y está cubierto de flores,
que Dios bendiga, paloma,
el nido de tus amores!

Desde esta tierra triste y oscura,
donde se apaga la inspiración,
al cielo pido por tu ventura,
con todo el fuego del corazón.

Leipzig.—1886

A CHEPITA MATA

Es inútil que me ocultes
tus dulces versos, Chepita,
si están diciendo tus ojos
que tienes alma de artista,
y es en vano que me niegues
la luz de tu fantasía,
si los más tiernos idilios
en tu corazón palpitan
y tiemblan en tu mirada
y brotan de tu sonrisa.

1903

A LA SEÑORITA CONSUELO M.

Prometida de un poeta amigo mío

Para calmar de su existencia el duelo,
un poeta infeliz y enamorado,
aunque lo hubiese sin cesar buscado
no podría encontrar mejor consuelo.

La bella que intenso amor
a un Vate joven inspira,
ha de ser ángel o flor . . .
a sus pies pone su lira
este viejo trovador.

(1) Heroína de uno de sus dramas.

Sólo puedo decirle y sólo quiero,
que usted es una flor, es un lucero;
pero, qué lindas cosas le diría,
si en vez de ser ajena fuese mía
y fuese yo más joven y soltero!

1905

A LA PATRIA

(Con motivo del restablecimiento
del régimen constitucional)

Yo ví en la noche de borrasca y ruina
un espíritu negro y maldiciente
cubrir de nieblas la virgínea frente
de una modesta y joven heroína.

Después el rayo ví, rayo fulgente
que las densas tinieblas ilumina,
deshacer en su frente alabastrina
esa venda de sombras imponente.

Llegó por fin de la justicia el día.
Prez, loor a la mano bienhechora
que nos remueve de la tumba fría;

Más de la luz del sol abrasadora,
del sol de libertad oh! Patria mía
no te deslumbre el esplendor ahora.

1882

VERSOS

leídos por su autor, en el Colegio Central,
con motivo del centenario de Bolívar

En lánguida vibración
reveló mi lira triste
el hondo pesar que existe
en mi yeto corazón,
o la mágica explosión
de pájaros y de flores
donde, líricos cantores,
saben producir las aves,
con sus tríficas suaves,
deliquios arrulladores.

Mas nunca pensé cantar,
con mi voz desfalleciente,
aquel astro refulgente
que hoy debemos celebrar:
espléndido luminar
en noche de horrendo duelo,
que fué del triste, consuelo,
horror de la tiranía
y vino a extender el día
por los ámbitos del cielo.

Valiente, esforzado, rudo,
fué B. lívar en la guerra,
mostrando al poder que aterra
el pecho firme y desnudo:
jamás la sobertía pudo
deslumbrar su mente inquieta;
tuvo numen de poeta,
virtudes, como el primero:
legislador y guerrero,
libertador y profeta.

Vió su espíritu, animado
por un soplo divinal,
un magnífico ideal
por su mano realizado;
a su nombre, proclamado
por la inmensa multitud,
huyó ya la esclavitud
y tiene el Bardo por gloria
consagrar a su memoria
las notas de su laúd.

Mas, no es mi voz importuna
la que debe en este instante,
cantar al numen gigante
mimado de la fortuna:
pues tantas glorias aún
ese genio americano,
que su nombre soberano
encuentra por galardón,
aitar en el corazón
de todo republicano.

1883

DÉCIMAS

leídas en celebración del 15 de setiembre

*Velada del 14 de setiembre de 1883,
Sociedad «El Porvenir»*

Qué extraña contradicción
ante vosotros presento,
trayendo en este momento
la angustia en el corazón!
Lo siento así porque son
tan hondas las penas mías,
que al ver tantas alegrías
y tan patriótico celo,
en vez de calmar mi duelo,
se aumentan mis agonías.

Mas no penseis que el dolor
de la juventud lozana,
tenga por causa liviana
sólo infortunios de amor:
que el desengaño traidor
sabe trocar a la vez,

en un mezquino interés
los sentimientos más tiernos:
todos los años, inviernos,
la vida toda, vejez.

No siento en la prontitud
que gasta mi vida entera,
ni ambientes de primavera,
ni halagos de juventud;
y cuando pulso el laúd,
para endulzar mi aflicción,
siento lánguida emoción,
no sé qué adormecimiento,
al apagarse en el viento
los ayes del corazón.

Mas, debe la mente mía,
olvidando sus dolores,
verter las pálidas flores
de mi muerta fantasía:
hoy debo cantar el día,
en que dichoso y ufano
quiso un pueblo soberano,
con entusiasmo ferviente,
haciéndose independiente,
formarse republicano.

Evocar con un profundo
arranque de admiración,
la sombra del gran Colón
que supo encontrar un mundo:
de aquel portentoso fecundo,
que otra tierra adivinando,
la puso, instante nefando!
del Rey Fernando a los pies,
para trocarse después
en mendigo de Fernando.

Toda América dormía
sueño dulce y placentero,
mas vino un pueblo guerrero
que en sed codiciosa ardía;
a él debe la patria mía
su hermosa lengua y su fe;
mas hoy con dolor se ve
luchando contra el Hispano
al noble pueblo cubano
con el grillete en el pie.

.....
.....
Surge luego en el Oriente,
tras la noche borrascosa,
vertiendo su luz hermosa,
la estrella más refulgente:
es Bolívar, impotente
es toda la audacia hispana:
el Genio lucha y se afana

rompiendo al fin las cadenas,
y hoy corre por nuestras venas
la sangre republicana.

Y Washington!, su memoria
que a todo pecho enajena:
como la virtud, serena,
brillante como la gloria,
es como un astro en la Historia
y vibra en los corazones,
con las gratas emociones
de una gratitud constante
en todo un pueblo gigante,
envidia de las naciones.

Al Norte, al Norte! allá van
mis esperanzas más bellas,
por él gimen mis querellas,
por él palpita mi afán:
dichosa tierra, allí están
unidas en lazo estrecho,
la Libertad y el Derecho;
aquí dormitan en calma,
las ambiciones del alma,
las esperanzas del pecho.

Mas ya la mente se avanza
fingiendo locos extremos,
también nosotros tenemos
derechos a la esperanza;
mirad!, allá en lontananza
un astro habrá de surgir
y cuando empiece a lucir,
la vista humana se apronte:
que asoma en el horizonte
la Aurora del porvenir.

AL 15 DE SETIEMBRE

Como turba de pájaros de presa
que su sombra proyectan sobre el agua
del cristalino lago en que se agitan
los lindos peces de luciente escama,
o como en noche azul cruza el espacio,
engendro del pavor, negro fantasma:
así pasaron las Iberas huestes
sobre la hermosa tierra americana.

Aun se puede escuchar y no muy lejos,
el crujido siniestro de sus armas
que se mezcla a los ayes de la virgen
cuya modesta túnica desgarran,
pero tampoco Iberia solamente
supo el dogal poner en la garganta:
testigo Irlanda sojuzgada y triste,
testigo la Polonia asesinada,
y entre otros pueblos que esclaviza el hombre,
también testigo la colonia Indiana.

La sombra por doquier: la ley impía:
el derecho del fuerte; la palabra,
medio de adulación para el cinismo,
para el hombre de honor amordazada;
los derechos del hombre postergados
al derecho divino del monarca,
y el pensamiento puesto de rodillas
pidiendo redención para las almas.

Es la histeria de ayer, historia negra,
que nos causa rubor al recordarla,
y parece imposible que llegase
hasta tanta maldad la especie humana.

Y en medio de la noche, do se cruzan
espíritus de horror, sangrientas larvas,
brillan astros también que en su carrera
derraman con su luz las esperanzas.

Colón, Bolívar, Wáshington, los genios
que supieron hacer de nuestras almas
conciencias vivas, a la luz abiertas,
y en el pecho un altar para la patria.

Un recuerdo no más para sus sombras,
que, al evocarlas yo, se profanaran
y ya los aires con sus glorias llena
la sonora trompeta de la Fama.

La humanidad cual siempre generosa
con usura premió sus nobles ansias,
y a los que vió vivir como mendigos
les erige pirámides y estatuas,

sobre el hierro quizá de sus cadenas
les hace luego colocar las plantas,
y presenta magníficos festines
con el oro rüin que les negara;
pero avanza la luz, y como el germen
necesita morir para que nazca
el árbol que muy débil al principio,
después hasta las nubes se levanta,
muerto el genio también, surge la idea,
y se convierte en fecundante savia;
se erige como ley para el destino
y penetra en el fondo de las almas.

Hoy el pueblo por fin, sabe que puede
abrir el noble pecho a la esperanza;
que hay una ley universal que borra
el privilegio odioso de las castas;
que bajo el cielo azul son inmutables
la libertad y la igualdad humanas;
que el derecho del hombre es más divino
que el de una imbécil testa coronada,
porque viene de Dios, que es la Justicia
y así lo siente la conciencia humana;
que hay una luz espléndida y potente
que se vierte en inmensa catarata:
la luz de la verdad, en que podemos
beber hasta saciar nuestras miradas,
sin que un sér infernal hacia la noche
quiera de nuevo con horror fijarlas;
que hay un Dios de justicia y de clemencia,

no de negra y terrífica venganza,
que empuja al hombre en su ascensión sublime
y no le hace gemir bajo sus plantas;
que podemos vivir, que el pensamiento
puede tender sus luminosas alas
y de un vuelo pasar sobre los astros,
y penetrar en el divino alcázar;
que podemos amar, sin que en el cielo
sobre la inmensa bóveda estrellada,
el padre de la luz se muestre altivo
y mire nuestro amor como una mancha,
y que de Francia el Agaila altanera
depositó su nido en las montañas
altísimas de América. Su prole
el sol de libertad pudo incubarla;
y ensayando su vuelo poderoso
se dirige en magnífica bandada
desde Méjico al Sur, y cuando cubra
bajo el inmenso pliegue de sus alas
el continente todo, entonaremos
el himno de la unión americana.

1884

HIMNO NACIONAL

Letra para el concurso

Entonemos un himno ferviente
al trabajo que es nuestra divisa
y fecunde el sudor de la frente
en la fértil campiña la mies.

Somos hijos de aquellos soldados
que, felices, tan sólo sabían:
en la paz, conducir sus arados,
en la guerra, morir o vencer.

Si nos llama el clarín, si redobla el tambor,
con denuedo es preciso acudir
para que combatiendo podamos morir
por nuestra querida bandera tricolor,
por nuestra querida bandera tricolor.

Y pasado el fragor de la lucha tenaz,
empuñando la azada volvamos a oír
las notas acordes de cánticos de paz,
las notas acordes de cánticos de paz.

1903

NOTA:—La estrofa tercera fué arreglada
con el fin exclusivo de que se ajustase a la música,
por exigirlo así el concurso.

A UNA AMIGA DE MI MADRE

Con tierna y grata emoción
arpegios tales oí,
que escuchándolos sentí
sollozar mi corazón,

pues tu canto refería
con placer y gentileza
la virtud y la belleza
de la dulce madre mía.

Murió cuando placenteras
ilusiones abrigaba
y el aroma respiraba
de diez y ocho primaveras;

cuando soñaba al calor
inefable del hogar
y empezaba a disfrutar
las ternuras del amor.

Ella fue casta paloma
de las de plácido arrullo
y que dan el canto suyo
a la mañana que asoma.

Tendiendo el airoso vuelo
dejó su verjel querido
y fuése a formar su nido
en los jardines del cielo.

* * *

¡Ansiar lo que no se alcanza,
después que he sufrido tanto,
y haber regado con llanto
las flores de mi esperanza!

Y mirar cómo se van
del alma las ilusiones,
que vuelan a otras regiones
y que nunca volverán;

Vivir sin que los placeres
me ofrezcan halagadores,
ni el perfume de las flores
ni el amor de las mujeres,

y que la muerte crüel
sacuda mi sueño ardiente
sin sentir sobre mi frente
la corona de laurel;

conocer con aflicción
que si mi pecho suspira,
no es que la mente delira,
es que sufre el corazón,

y probar siempre al través
de la vida, la acritud:
si es así mi juventud,
¿cómo será la vejez?

* * *

Mi lira tiene el profundo
acento, el ¡ay! angustiado
del corazón destrozado
por los embates del mundo;

y a veces pretende ufana
celebrar con voz hermosa
los crepúsculos de rosa
de la tarde americana.

Son mis versos el rumor
agreste de la arboleda
que se agita y que remeda
los coloquios del amor;

pajarillos pequeñuelos
desnudos de ricas galas
que están batiendo las alas
para subir a los cielos!

COMO ES ELLA

(A María)

Una mujer, un ángel, una diosa,
visión de amor que descendió del cielo,
imagen del placer y del consuelo
que vino a despertar mi corazón.
Hay en su gracia encantos seductores,
encierra tanta luz en su mirada,
que parece fundir enajenada
el candor infantil con la pasión.

¿Quién al mirar, ¡Oh Dios! no se extasia,
la perfumada fresa de tu boca
que al pensamiento tímido provoca
los castos besos trémulo a libar?
Admirando su mágica belleza
nuestro mezquino corazón desmaya,
se teme con dolor que se nos vaya,
que pueda tener alas y volar.

1884

RISA Y LLANTO

Al pasar una luz pintó la risa,
y al pasar una sombra pintó el llanto,
creció en el labio dulce la sonrisa
y en la pupila se anidó el quebranto.

Mas ¡ay! cuando la mente desvaríe
por la duda fatal que la devora
si el duelo baja hasta los labios, ríe;
si el gozo sube hasta los ojos, llora.

Y a mí, que tengo ya seca la fuente
del placer y del llanto, ¿qué me queda?
mucha arruga no más sobre la frente,
sin que la risa remedar ya pueda.

1884

LAS DOS DUDAS

Es Lucila coqueta y veleidosa,
y ha jugado al amor con tanto empeño,
que negando su influencia poderosa
ya sus conquistas le parecen sueño.

Y la bella, dulcísima María,
Que amó con el candor del alma pura,
perdida la ilusión «¿si amar podría?»
se pregunta también con amargura.

Mas hay que perdonarles la arrogancia
de esa duda fatal de tanto daño:
que una duda nació de la ignorancia,
y otra duda nació del desengaño.

1884

DESENCANTO

Ayer, linda mariposa,
en el espacio girabas
ostentando los colores
encendidos de tus alas;
los astros te sonreían,
y las flores te envidiaban,
como tú, del mismo céfiro
mecidas y acariciadas,
pues eras allá en el fondo
nacarado de su alma
como hermanita mayor
del verjel de mi esperanza.

Después, al rayo sangriento
de un amor que te abrasaba,
y criminal escondías
en lo oscuro de tu alma,
contemplé, desventurado,
que, desprendidas tus alas,
como reptil venenoso
rudamente te arrastrabas,
y que apagaste en el cieno
el esplendor de tu magia...
así mi dicha murió,
y así murió mi esperanza.

1883

A LA SEÑORITA

MARCELINA GONZÁLEZ

Es tu voz arpa sonora
y de dulce melodía,
exalta la fantasía
y el corazón enamora:
los pájaros de la aurora
murmuran tristes querellas
oyendo tus notas bellas;
y quisieran en su anhelo
subir al azul del cielo
y anidar en las estrellas.

En tu acento peregrino
y en tu canto soberano,
hay algo que no es humano,

hay algo de lo divino;
Y en el raudal argentino
de trinos arrulladores,
mil inocentes amores;
amores tan inocentes,
*como los cantan las fuentes,
como los sueñan las flores.*

Tu voz al amor convida,
es voz que trina y gorjea
porque en ella centellea
el genio que le da vida,
causa al alma conmovida
los halagos del placer;
pues sólo pueden haber
en esas dulces canciones,
las mágicas emociones
del alma de la mujer.

1884

A UN POETA

¡Qué bella, que hermosa palma
presenta el hombre proscrito,
que sólo tiene el delito
de llevar la fe en el alma!
Mas ¿quién sus tormentos calma
si entregado a una pasión,
pierde, por una emoción,
disfrutada en una orgía,
la esperanza y la alegría
con la paz del corazón?

1884

ADIOS A A. . . . :

Ya no quiero tu amor, estoy cansado
de soportar desdenes y desprecios;
he luchado hasta el fin y me has vencido
ya no me queda más que mi despecho.

Quiero decirte adiós! mi labio torpe
al cabo romperá tanto silencio;
es cierto que te amé como ninguno,
pero hoy como ninguno... te respeto.

1884

NI SOÑADA!

Modesta como ninguna,
envidia de las demás,
a todas dejas atrás
en su mísera fortuna.

Cuando muestras tus enojos,
sin ninguna afectación,
nacidos del corazón
y pintándose en los ojos,

cuando viertes la alegría
que de tu pecho rebosa
en la luz esplendorosa
de tu pupila sombría,

y cuando busca en la calma
de tu espléndida mansión
repose a tu corazón
entristecida tu alma,

vése brillar tal virtud
en tu frente virginal,
que brotan como un raudal
las notas de mi laud.

Tu imagen nadie grabó,
que no se presta el buril
para trazar un perfil
que solo el ángel soñó;

y si el mismo Rafael
a retratarte bajara,
seguro estoy que dejara
desesperado el pincel.

Ni la rica fantasía
del numen más levantado
oh! jamás te ha imaginado
ni imaginarte podría;

mas juro por Barrabás,
y no es poco juramento,
que por mucho que lo intento
ya no puedo mentir más.

1883

LAS PRIMAS

Un famoso
guitarrista
me contaba
cierto día
que apretando
las clavijas
muchas cuerdas
se rompían,
sobre todo
las más finas.
Él por eso
nunca olvida
la importancia
de las primas.

Siendo niño
sin malicia,
en la casa
de mi tía,
ví una noche
varias niñas
muy alegres
y bonitas
y jugamos
¡qué delicia!
muchas veces
a escondidas.
Supe entonces,
por mi dicha,
la importancia
de las primas.

Hay un pobre
viejo artista
que habla siempre
de política
y me dijo
que él había
visto gentes
de levita
y ministros
que en su vida
no supieron,
¡quién diría!
la importancia
de las primas.

1903

DECEPCIÓN

¡Y sin embargo la amo todavía!
¡cómo la adoro aún! ¡maldita sea!
mientras ella se goza en mi agonía
mi pobre pensamiento forcejea
por seguirla a través de su falsa
y del necio desdén que la rodea.
¡Y pretendí vencerme! ¡loco intento!
¿Quién pudo sujetar el pensamiento?

Y ella por qué me señaló tirana
para ser el escarnio de su gloria?
¿y por qué de mi amor se sintió ufana
y me arrojó después entre la escoria,
desde el alto dosel en que se afana
por borrar de mi mente la memoria
de su mentido amor, con su desvío,
y me ha dejado el corazón vacío?

¿Por qué no ha adivinado en mi semblante
que la amo con locura, a pesar suyo
y si me hace fingir por un instante
la vana presunción, el torpe orgullo,
mi corazón revive sollozante
al oír de su voz el dulce arrullo,
y me llevo a forjar con loco empeño
la esperanza quimérica de un sueño?

Pero, qué digo ¡oh Dios! yo estoy tranquilo,
cuanto dije hasta aquí fue disparate,
pues estaba ensayando cierto estilo
para poner en boca de algun vate
sensible y despechado: me horripilo
tan sólo de pensar en tal dislate;
diré por fin en mi lenguaje tosco
que—aquella de que hablé—ni la conozco.

1883

CANTARCILLOS

Jugué contigo al azar,
me ganaste la partida;
mas si te empeñas, querida,
volvamos a comenzar.

Decir una vez te oí
que te soy indiferente;
dáme una prueba evidente:
no te ocupes más de mí.

Tanto te supe adorar,
que teniendo que perderte,
necesité aborrecerte
para poderte olvidar.

1884

INÉDITOS

(y que no fueron enviados a su destino)

A usted, don Manuel Jiménez,
señor Ministro de Hacienda,
con el respeto debido,
dirijo estas cuatro letras,
aunque asome al escribirlas
a mi cara la vergüenza,
para pedirle una gracia
que, caso que no la obtenga,
será por mi negra suerte
o por mi mala cabeza.

Es el caso, don Manuel,
que no me salen las cuentas
y que el sueldo no me alcanza
y que me abruma las deudas
y tengo muchos enfermos
y pago muchas recetas
y mi pobre mujercita
es mucho lo que se empeña
en hacer vanos ahorros
y en recortar de la tela.

Termino la digresión
y entro de lleno en materia.
En los Archivos existe,
señor Ministro, una terna
de empleados, *a cual mejor*,
y formo yo parte de ella;
tenemos igual empleo,
hacemos igual faena,
somos casados los tres,
y casados por la Iglesia;
los otros dos, sin retoños,
aunque uno ya los espera,
y yo, si no me equivoco,
con un tercio de docena
que, salvo error u omisión,
será muy pronto la media;
aunque esto parezca que
no debe tomarse en cuenta.

Pues, entre el sueldo de aquellos
y el mío hay tal diferencia
que si usted los igualara
se me acababan las penas.

Le ruego que no me diga:
esto no es de mi cartera,

ya gasta mucho el Archivo
y luego, además, etcétera.

Mire que yo lo consigo
con sólo que usted lo quiera
y le prometo, señor,
que con la misma moneda,
se lo pago en la otra vida
si no se lo pago en ésta.

1905

EN UN ALBUM

En languidez soñadora
miró el alma placentera,
una esperanza viajera
y una ilusión voladora;

pero al llegar al oscuro
abismo del corazón,
ni esperanza, ni ilusión
hallaron sitio seguro.

Por eso el vuelo tendieron
y angustiado me dejaron,
cuando otro dueño buscaron
y en su seno se, perdieron.

Por eso el dolor tenaz
no deja en mi pecho insano,
ni algún recuerdo lejano
de alguna dicha fugaz,

y cuando pulso la lira
para endulzar mis pesares,
se percibe en sus cantares
que solloza y que suspira,

y la punzante aflicción
dejó en bárbaro quebranto
doblegadas por el llanto
las alas del corazón.

Pero las almas llorosas
también olvidan su duelo,
al remontarse en el cielo
como lindas mariposas.

Sé que en dulces emociones
siente el alma lacerada,
al calor de tu mirada,
renacer las ilusiones.

que en tu garganta se anidan,
como en un nido de flores,
alondras y ruiseñores
que a la esperanza convidan.

Y sé que te dan su aroma,
y los pájaros lo saben,
amores que solo caben
en un pecho de paloma,

y que entre tímidos velos,
es tu existencia querida,
fúlgida estrella encendida
en el azul de los cielos.

Y yo... cantando mis penas,
te doy sus notas sentidas,
¡pobres lágrimas, vertidas
sobre un ramo de azucenas!

1884

DESPUÉS DE LEER A BECQUER

Te acababa de oír. Becquer sublime,
y absorto me quedé;
porque tus rimas en el alma dejan
un fúnebre placer.

Te amé y te aborrecí, surgió del alma
torrente abrasador;
porque la envidia y el cariño brotan
al par del corazón.

Me levanté con ímpetu salvaje
y pretendí escribir
unas rimas también, como las tuyas,
con loço frenesí;

pero la pluma resistió impotente
a tal insensatez,
y rodando una lágrima sañuda
humedeció el papel...

Y pensé que tus obras eran mías,
que tu nombre mi gloria arrebató;
y oscurecido el corazón, cobarde,
por fin enmudeció.

1884

A EVANGELINA

En el día de su boda

Hoy eres
dichosa:
tu amado
te espera,
en ansias
ardiendo
de hacerte
su reina,
un nido
de flores
tu alcázar
semeja,
y hermosa,
brillante,
fulgura
tu estrella...
Permite
que llegue
y enturbie
tu fiesta,
un pobre,
cansado
y viejo
poeta,
y sólo
te lleve
cual rústica
ofrenda,
de un arpa
ya rota
las tristes
cadencias,
de un ramo
marchito
las flores
enfermas.

1907

POR EL ARTE

Escrito para una fiesta de caridad, a solicitud de una distinguida señora, quien dió el tema, destinado a hacer lucir las dotes artísticas de una señorita y de un niño.

Anochece.—La escena representa una calle.—A la derecha una casa elegante. Por la izquierda se adelanta una mujer joven, mal trajeada, llevando un niño de la mano, y éste un violín bajo el brazo.
La recitación muy lenta en el romance.

Se va la luz del día,
ya trémulos y tenues,
del astro que se apaga
los rayos palidecen.
Es la hora suprema,
misteriosa, solemne,
en que el pecho se oprime
con tristezas de muerte...
El horizonte es negro
y las tinieblas crecen:
es que llega la noche,
ave inmensa, se cierne,
y sus alas de sombra
sobre la tierra tiende.
Ven, hijo de mi vida,
su manto nos protege
y ocultá de mi rostro
el rubor que lo enciende.

En esa hermosa casa,
donde el lujo se advierte,
viven gentes felices
que quizá se conduelen
del mísero que a ellas
las flacas manos tiende.
Piedad de mí tendrían
si acaso me atreviese
a contarles mi historia
tan triste como breve.

Yo fui feliz, cual nunca imaginara
en mis sueños más gratos de ventura;
mi mente en vano y sin cesar procura
apartar el recuerdo abrasador:
porque es martirio que destroza el pecho
recordar los placeres que pasaron,
si sólo llanto y orfandad dejaron,
en vez de dulce y perdurable amor.

Un hombre, joven, de nobleza lleno,
me bañó con la luz de su mirada;
al contemplarme en él, enamorada,
mi ser entero refundí en su ser.
Hado fatal arrebató mi dicha
pues mi esposo murió... de su cariño
me queda el tierno y delicado ríño
a quien amparo yo, débil mujer.

No disfrutó mi hogar de la riqueza,
pero nunca faltó nuestro sustento;
mas hoy luchar con la miseria intento
porque me anima el maternal amor.
Este niño es el sol de mi alegría,
mi tormento también; pero le adoro...
Protegedle, mi Dios; es mi tesoro,
la fuente de mi dicha y mi dolor.

Sólo una madre comprender sabría
cómo ese amor inmenso me arrebató,
hace que viva y que sucumba grata
bajo el terrible peso de mi cruz.
Me duele el corazón cuando contemplo
al inocente ser idolatrado,
que en ese triste y miserable estado
se oculta temeroso de la luz.

Dicen que el tiempo y la desgracia, apenas
han marchitado la belleza mía;
por hacerle feliz tal vez podría...
mas nó, primero deberé morir,
antes iré a pedir avergonzada
un pedazo de pan a aquella puerta:
está la calle a la sazón desierta,
es el momento en que debemos ir.

Pero ensayemos antes si conmueve
su corazón el arte que, divino,
es destello de Dios, y tu camino
alumbró con su mágico esplendor;
toma el arco y arranca al instrumento,
tu amigo fiel, su dulce melodía:
lo que mi labio con temor diría
tú lo dirás con tu violín mejor.

Toca el pequeño artista. Cuando termina, se abre un balcón de la casa y una señora le arroja una moneda que el niño recoge ávidamente.

ANTE LA ESTATUA DEL LIC. DON JESÚS JIMÉNEZ

A mi hijo Roberto

Ante la estatua que grave
y silencioso contemplas
debemos siempre, hijo mío,
descubrirnos la cabeza,
como señal de respeto
al hombre que representa.
No ves? sobre el pecho tiene
la diestra, cual si estuviera
de su corazón magnánimo
reprimiendo la violencia

con que agitarse solía
 ante la humana miseria;
 en la otra mano la Ley
 Constitucional sustenta,
 y de todo su conjunto
 brota un aire de nobleza
 alumbrado por la luz
 de la más pura conciencia.
 Al contemplarle olvidamos
 la prosa vil de la tierra,
 y a regiones ideales
 la imaginación nos lleva;
 recordamos al patricio
 excelso, su vida entera
 dada a su patria querida
 sin esperar recompensa;
 aquel carácter tan dulce,
 con suavidades de seda,
 aquella frente tan vasta,
 aquella mirada intensa
 que reflejaba de su alma
 las mil fecundas ideas,
 y la magia de sus labios
 de que brotaban discretas,
 con la miel de sus palabras,
 las máximas evangélicas.

Cuando por la voluntad
 del pueblo, libre y suprema,
 empuñó el frágil timón
 de la nave turbulenta
 del Estado, ¡con qué anhelo,
 buscando el bien, con experta
 mano evitó los escollos
 que opuso la pasión ciega,
 resistiendo los ataques
 de la envidia y de la negra
 ingratitud! y ¡qué presto,
 en hora aciaga, tremenda,
 tuvo que dejar la nave
 a merced de la tormenta!
 pero con la frente erguida,
 sin sombras en la conciencia,
 y legando a su país,
 como un tesoro, la ofrenda
 de su nombre inmaculado
 que con orgullo conserva.

Cuando por ley natural
 repose yo mi cabeza
 en el mullido regazo
 de la muerte, cuando seas
 padre también, a este sitio
 es mi voluntad que vengas
 y repitas mis palabras,
 oscuras, pero sinceras,
 al primero de tus hijos
 en edad de comprenderlas,
 y que del noble patriota
 la luminosa existencia
 sirva de norte a tu vida
 como si fuese una estrella.

1903

DOS DE NOVIEMBRE

Es la fiesta de los muertos:
 la naturaleza toda
 parece tener un alma
 sensible que se emociona
 con los dolores humanos,
 con el ¡ay! que se desborda
 de pechos en que no cabe
 la angustia que los sofoca.
 Las notas de las campanas,
 pausadas, lentas, monótonas,
 van como inmensos gemidos,
 en vibración melancólica,
 hiriendo los corazones
 hasta en las fibras más hondas;
 entre los altos cipreses
 hay una voz que solloza,
 que con su dulce tristeza
 invade todas las cosas.
 Es ilusión? Quién lo sabe!
 Si el Dios de Misericordia
 permite que los espíritus,
 en una celeste forma,
 visiten los cementerios
 y vaguen sobre las fosas
 para escuchar las plegarias
 y contemplar las coronas
 de flores, gratas ofrendas
 llevadas en su memoria,